

que es larga como en el primer verso de la Iliada

Μηνυ ἀ-αἰδε ζέ-α;

costumbre olvidada por los posteriores que evitaban los hiatos tan enojosos en Homero, y que nos hacen creer con seguridad que al principio estaba interpuesto el digamma, ó á lo ménos se pronunciaba con una aspiracion semejante á la de la *h* alemana, la *c* ó la *g* napolitana.

Podria darse por cierto que los rapsodistas hubiesen aprendido sus diversos trozos, y que, llevados así unos tras otros á Grecia, hubiesen sido coleccionados en ella. El primer códice pudo haber perecido por cien causas: pereció el Pentatéuco, no obstante que se multiplicara y fuera sagrado. Abandonados aquellos poemas á la tradicion oral, pudieron ser interpolados; y cuando despues surgió la idea feliz de coordinarlos en su primitiva integridad, pudo ingerirse en ellos alguna transicion, algun enlace intruso, por quien se encargara de esta tarea; pudo tambien atribuirse á Homero algun pasaje que no fuese suyo: de aquí resultan aquellas partes absolutamente heterogéneas que gramáticos, críticos y estéticos echan de ver en ellos.

Siendo, no obstante, si no del todo imposible, difícilísimo á lo ménos, que una misma mente conciba y conduzca dos largos poemas de aquella naturaleza; no pudiéndose considerar la Odisea obra de un viejo, tal es su vigor y la imaginacion que brilla en algunos de sus trozos; tendiendo la Iliada y la Odisea á dos fines en extremo distintos y bastante pronunciados; señalando dos eras enteramente diversas de civilizacion, en términos que en la segunda se encuentran no solo voces y modos, sino costumbres diferentes, y una mitología muy aparte, somos de parecer que se deben atribuir á dos diversos autores, pero de género bastante apartado.

En conclusion, difícilísimo es marcar límites entre la tradicion y la historia, y no se debe pretender plena luz de los tiempos oscuros. La creacion de las obras maestras será siempre un arcano, y en vano se procuraria resolver, ni aun discutir, por qué y cómo salió á luz en ciertas circunstancias un gran poeta.

Cuando vivia este coordinador, muy adelantada debia estar ya la poesia crítica, si se atiende á la perfeccion del lenguaje y del verso, y el mismo Homero, en el VII de la Odisea, introduce cantores (ἀοιδοί), que forman una especie de hermandad (φύλον), amada de la musa, invitados á los palacios, colocados en puestos de honor, llamados célebres, venerables y divinos, pagados con dinero público y cargados de dones de los príncipes: y en el banquete mandó Ulises á Demódoco « una porcion de jabalí con los colmillos blancos, cubierta de rico unto. » Cantó Demódoco la lucha de Ulises y Aquiles; lo cual quiere decir que ya en aquel entonces existia un largo poema,

célebre entre los Griegos, relativo á la guerra de Troya, aunque no esté puesto aquel episodio en la Iliada de nuestros dias: y mas tarde invitó Ulises á Demódoco á continuar y cantar la historia del caballo de madera y de la destruccion de Troya. Formaban, pues, parte de un grande todo, y mas extenso que nuestra Iliada.

Femias, otro poeta, cantaba las desventuras de los Griegos que volvian de Ilion; y por ello le riñe Penélope, porque « sabe otros cantos propios á alegrar á los mortales, y las empresas de los hombres y de los dioses, celebrados por los *aédes* (cantores). » Por consiguiente tambien Femias poseia un ciclo de cantos relativos al regreso de los Griegos, del cual era un episodio la Odisea: otros episodios eran la vuelta de Menelao, la de Agamemnon, una Orestíada, á todos los cuales se hace alusion en la Odisea; lo mismo que se hace alusion á los trabajos de Hércules, á la guerra de Tébas, á las aventuras de Edipo, de Teseo, etc., asuntos de otros poemas.

Ni está fuera de propósito creer que fueran Demódoco y Femias personajes verdaderos é ilustres tambien en vida de Homero, y que en otro tiempo ya no se improvisaba sobre eventos instantáneos, sino que se repetian cantos tradicionales; no repitiéndolos sin embargo como meros rapsodistas, sino componiendo con un fondo, religiosamente transmitido y por lo mismo inalterable; preparando con semejantes métodos el camino al gran coordinador. Y de este modo nos viene este declarando él mismo cuál fué su trabajo; y quizá trabajando por el estilo de aquellos, llegando mas tarde y con mas tesoros amontonados, y con su genio propio, llegó á formar una epopeya cuya excelencia no es posible superar. Efectivamente es esta un trabajo colectivo y gradual de creaciones y perfecciones sucesivas: aquella infinita variedad de descripciones locales, aquellas imágenes que con tanta verdad representan el conjunto de la naturaleza griega, aquella exacta pintura de costumbres y usos, aquella religiosa reverencia á lo pasado que pone un freno á los extravíos de la imaginacion, con dificultad pueden explicarse como obra de un solo individuo, que no puede haberlo visto todo. Á propósito viene aquí lo que sobre esto dice Góthe en su *Viaje de Sicilia*: « Sus descripciones, sus comparaciones, sus imágenes poéticas nos parecen, sin embargo, de una naturaleza inexplicable, aunque delineadas con una pureza y una verdad que nos dejan parados. Hasta los acontecimientos de la mas admirable rareza tienen un carácter de realidad que jamas he notado tan bien como cuando tenia á la vista los lugares en que los pone el poeta. Finalmente, pinta Homero lo que es, cuando nosotros pintamos el efecto; él describe lo gracioso y lo terrible, cuando nosotros procuramos describir con gracia y de un modo terrible. De ahí provienen todas nuestras exageraciones, afectaciones, agasajos é hinchazo-

nes; porque, no pensando mas que en el efecto, jamas se cree haber ponderado con demasia.

Á mas de la cooperacion de todos los cantores para perfeccionar la obra comun, no poco debieron contribuir la finura y el exquisito discernimiento del pueblo griego que les oía, y que les obligaba á aquellos toques á que les constaba que responderia el corazon ó el entendimiento de los oyentes, á respetar aquellas venerables tradiciones, á poner acordes sus sentimientos con los del pueblo, apartando cuanto es débil y en disonancia con el genio nacional.

Por consiguiente, van combinadas la composicion y la reflexion, no en el individuo mismo, como sucede con nosotros, y que por lo mismo puede ser inducido á error, sino en el encuentro de un pueblo inexorable. Siguese de esto, al revés de lo que dicen los adoradores de Homero, que puede sostenerse que si es tan excelente su obra, es porque trabajaron muchos en ella.

No debe, sin embargo, entenderse esta perfeccion en el sentido escolástico, como regularidad académica, y con respecto á preceptos. En la coordinacion de poesias nacionales de un tema comun no puede haber aquella unidad de una epopeya en que uno solo ha tenido parte. De todos modos, ¿están muy seguros de su hecho los que tan prendados parecen de la bella unidad del poema homérico? Á buen seguro no es la verdadera composicion de Homero, sino una redaccion hecha por gramáticos de toda la Grecia; en el trascurso de muchos siglos, para poner los pedazos en sus puntos respectivos, para enlazarlos, y para llenar los vacíos. Pues, ¿cómo podrá llegarse á comprobar el plan primitivo? ¿cómo poner en claro la unidad de ejecucion y la unidad de concepto? Verdaderamente la Iliada, y mas aun la Odisea, tienen una union íntima, y no podia esta provenir mas que de las combinaciones de un genio; y ahí está quizá el mayor mérito de Homero. Sin embargo, tambien en su principio aquellos cantos, ó tal vez los cantos que él escogió, se referian á dos personajes; Aquiles, arrojadamente valiente, y apasionado por las armas y la gloria; Ulises, talento muy sagaz, y dotado de una poderosísima fecundidad: y la exaltacion de ambos es el asunto de dos poemas. *La funesta ira de Pelides Aquiles* no es el tema de la Iliada: porque ¿de qué ira se trata? ¿de la ira contra los Troyanos? ¿de la ira contra Agamemnon? ¿de la ira contra Héctor, asesino de Patroclos? y luego de ninguna de estas iras hablan los dos últimos cantos. Al contrario, hay la constante intencion de glorificar á Aquiles, y no faltan á ella los dos últimos cantos.

Existe, pues, la unidad de pensamiento, pero la de ejecucion exigiria un encadenamiento lógico de todas las partes, un constante acuerdo de sentimientos y de las ideas con los caracteres, y la supresion de repeticiones y contradicciones. Y no puede decirse esto de los poemas homéricos, en los cuales se hace

notorio el trabajo de muchos. Atribuyamos sin embargo á los interpoladores los pasajes flacos, la mezcla de dialectos, las transiciones forzadas; pero hay defectos verdaderos, que aun se encuentran despues de tantas expurgaciones de los gramáticos, ¿y cuántos debia haber ántes de Pisistrato?

Pongamos algun ejemplo. En el canto X, 576 de la Iliada, Pilemènes, jefe de los Paflagonios, muere vencido por Menelao: y sin embargo, en el canto XIII, 658, sigue llorando el cuerpo del hijo Harpalion, muerto por Merion. Esquedio, jefe de los Fóceos, es llamado hijo de Ifitos (II, 517); y despues hijo de Perimédes, cuando le da la muerte Héctor (XV, 515). Eurípilo da la muerte al Griego Apisaon, pastor de pueblos é hijo de Fausia (XI, 578); y en el canto XVII, 348, Apisaon, pastor de pueblos, es hijo de Hipaso, Troyano; en el canto XIII, 411, Deifobo da la muerte á Ipsenor, hijo de Hipaso, que se habia hecho griego; y en el canto XI, 426, dos hijos de Hipaso caen vencidos por Ulises, esto es, son Troyanos.

Al principio de la Iliada, se interpone Minerva en la lucha de Ulises con Agamemnon, y dice que ha sido enviada por Juno desde el Olimpo: Febo tambien baja del Olimpo en tres pasos; pero pocos versos despues refiere Tétis á Aquiles que se halla desierto el Olimpo por haberse ido los dioses al banquete de los Etiopes (1). Cuenta Vulcano una vez que, habiendo querido defender á su madre contra Júpiter, este le cogió por el talon y le arrojó de arriba abajo del cielo, y que despues de haber ido cayendo un dia entero, fué á parar en Lémnos y le recogieron los Sintis (I, 586); pero en otra parte cuenta él mismo que su madre, viéndole contrahecho, le arrojó del Olimpo y halló un asilo, no en Lémnos, sino en casa de Tétis y Eurynómes, hija de Océano (XVIII, 394).

Hay guerreros gravemente heridos, y sin embargo, se presentan de nuevo al combate. Tlepolémos da á Sarpedon una lanzada tan fuerte que le llega hasta el hueso del muslo, y la tiene metida cuando se lo llevan sus compañeros (V, 628); y sin embargo, dos dias despues se arroja á escalar las murallas del campo griego (XII, 290). Héctor echa una piedra á Teucro y le toca á la clavícula, entre el pescuezo y el pecho, punto mortal; dice el poeta, por manera que le queda paralizada la mano; cae de rodillas, y le llevan á los bajeles desahaciéndose en lágrimas (XIII, 324); pero tenemos que al dia siguiente está fresco y dispuesto á herir á Gláuco. Toma Ulises una buena cena con Agamemnon (XI, 91); y pocas horas des-

(1) Mayores serian las inconsecuencias, si se cotejaban con los otros escritores. En la epopeya Agamemnon es hijo de Atreo: en las *Eoiadas* de Hesiodo y en Estesicoro nace de Plistenes, hijo de Atreo. En aquella es rey de Micénas, entonces superior á Esparta; Simónides, Estesicoro y Píndaro le hacen residir en Esparta ó en Amicles. Los antiguos versos Chipriotas decian que Elena era hija de Zeus y de Némesis; y en un poema de Hesiodo es una ninfa hija de Océano y de Tétis.

pues toma otra con Aquiles (221); y antes de rayar el alba come con Diómedes (573). En ménos de veinticuatro horas, y sin que medie intervencion alguna milagrosa, queda rematada la muralla del campo con las torres y las puertas, y los fosos con sus estacas (V, 433-465).

En Wolf, y con mas arte en Ducas-Monthel (*Observations sur les poèmes d'Homère*) pueden verse otras diferencias por este estilo, sin contar las contradicciones entre los actos y los sentimientos. En el V el hijo de Capanes se las apuesta con los dioses mismos, hiere á Venus en la mano, amenaza á Apolo, da una lanzada á Marte en el vientre, y le arranca unos gritos como si hubiera diez mil hombres; pocos momentos despues, encontrando á Gláuco, se pone á hablarle con prudencia de los peligros que corre un mortal en echar plantas á los dioses. No es posible poner en claro el número de las naves y el de las fuerzas troyanas; hay pueblos y reyes que jamas se dejan ver; hay jefes que no mandan las mismas tropas que mandaban en otros tiempos; entre los aliados de los Troyanos no figuran pueblos que despues pelean en su favor, como los *Lelegios* (así llamados de *Lelex*, su jefe) y los *Caucónios*. Hay imágenes y versos que se repiten, y la famosa similitud del caballo, que se halla en el c. VI, 506, vuelve á salir textualmente en el c. XV, 262; la del leon está en el XI, 548, y en el XVII, 657; la descripción de la noche en el VII, 557 y en el XVI, 299.

Pues nada de esto es posible con un solo autor, y es fácil con varios; y la misma exquisitísima perfeccion de aquellas descripciones atestiguan una larga elaboracion, que por demas se presumiria encontrar en una epopeya primitiva. Se guardaban en depósito aquellas graciosas joyas, y se ponian donde mas conducente parecia, y á veces con superabundancia. Así en el c. II de la Iliada, á lo que arranca el ejército griego, le compara primeramente el poeta con fuego voraz, que incendia una selva sita en la cima de una montaña; y luego con innumerables gavillas de pájaros, grullas, ocas y cisnes que se van elevando y bajando, echando agudos gritos, y despues con un enjambre de moscas en tiempo de primavera, que se ven rodar al rededor de un corral cuando hay vasos llenos de leche. Repugna al arte semejante exceso, y el autor que hubiera querido ponerlo, no habria dejado la última parte mas débil que las primeras. Lo mismo sucede con Ajax en el c. XI, 548, cuando se retira á pesar suyo y prorumpiendo en amenazas, semejantes á un leon salvaje á quien han dado la caza los perros y los pastores, y despues súbitamente se queda parecido á un asno que va arrancando las espigas, y á quien en vano van dando de palos los niños, y no se retira hasta que esté bien harto.

Y con esto pongamos fin á la discusion crítica; y si como arte quedamos prendados de aquella sencillez tan distante de la confusa

poesía de nuestros días, y vemos en Homero una fuente perenne del bello y sublime poético, como historia nos sirve de intérprete de la naturaleza y de los tiempos primitivos.

Gran influencia ejercieron los poemas homéricos. En la religion quedó fijada la idea de la Divinidad, pues que sus númenes no son ya cuales los ofrecia la creencia arcana ni la popular; y el místico sentido de Orfeo se trasmutó en figuras bellas y veraces. En aquel país habitado por menudas y discordes tribus se infundió la idea de la nacionalidad, por la cual se consideraron como Griegos todos aquellos que habian concurrido á la empresa cantada por Homero. De allí tomaron despues poetas y artistas sus asuntos y aspiraciones, y mas tarde los críticos lo hicieron tema de análisis y palenque de ingenio. Aquellos poemas fueron ademas el fundamento de la educacion liberal; y allí encontraron los filósofos cuanto quisieron; Pitágoras, Jenófanes y Heráclito condenaban á Homero por haber degradado la majestad de los dioses. Teágenes, Metrodoro, Anaxágoras y Estesimbrotó traslucian en ellos una sabiduría muy superior á la vulgar: otros vieron por do quiera la alegoría á que ya prodigaban befa y censuras Sócrates, Platon y Aristarco. ¡Y cuánta no será la influencia de aquella poesía, cuando pudo sobrevivir á tantos siglos, eclipsar las tradiciones nacionales que circulaban entre los pueblos, y hacer comunmente recibidos los nombres de una ciudad de héroes y de empresas que quizá jamas existieron!

Homero (dice Tommaseo) es el primer historiador del gentilismo. No porque viviese en los primeros tiempos, cuando las fábulas estaban henchidas de los elementos de la verdad; pues en su época ya se hallaban corrompidas, y atestadas de sentidos materiales. Él es sin embargo anterior con mucho á Hesiodo. Y la Odisea dista de la Iliada un intervalo, no de años, sino de generaciones; tan grande es la diferencia no solo del estilo, sino de las costumbres: en la Odisea, mas corrompidas; en la Iliada, mas feroces: aquella, nacida entre el Occidente y el Mediodía de la Grecia; esta, entre el Septentrion y el Oriente. La una y la otra, sin embargo, especialmente la Iliada, son poesías no adornadas por el arte; porque el arte hace cultos á los ingenios, no grandes. Torrente es Homero ó rio, no arroyo ni lago. Los hombres que él pinta son feroces, ligeros, celosos, rebosando orgullo, cólera y venganzas; seres entre el niño, el salvaje y la mujer. La evidencia y el esplendor de las imágenes y del estilo, la grandiosidad hermanada con la gracia, la negligencia misma y las licencias del metro le hacen sentir á uno la voz de un pueblo, no de un hombre. Pero aquella barbarie verdadera, abierta, fiel, generosa, magnánima; y bajo las tempestades de las pasiones humanas, reside, como en el fondo del Océano, un lecho quieto y profundo de moral verdad. En la Iliada se ve constantemente á los dioses defensores del hombre; se encuen-

tran juramentos furibundos, pero religiosamente observados, y tenida siempre por sagrada la religion de las promesas: en la Odisea, se ve á los dioses, asiduos inspiradores de sensatez, y la fe en lo mejor siendo maestra de paciencia animosa. Por lo cual, los poemas de Homero, con su parte divina, aunque turbada por el sentido de las tradiciones, inspiraron á filósofos y pbetas; y con la parte humana á gobernantes y guerreros.

Es, pues, de buscar en aquellos poemas la primitiva condicion de los Griegos; pero para obtenerla, se hace preciso recurrir al original. Virgilio, que tanto imitó de este, corrompió no poco el concepto de aquellos tiempos, ingiriendo circunstancias de una civilizacion del todo diversa y una crítica muy diferente.

En los siete ú ocho siglos que mediaron entre Inaco y Homero, muchas colonias de Egipcios y de Fenicios vinieron á constituir la ciudad en medio de los Pelasgos, que ellos llamaban Jonios, ó hijos de Javan. Semejante constitucion era sacerdotal, y aun mas adelante aparecen sus vestigios en los misterios, en los símbolos, en los oráculos y en los mitos. Los Pelasgos, arrojados á las montañas de la Tesalia y del Epiro, se hicieron aguerridos y cayeron de nuevo sobre la ciudad con los variados nombres de Jonios, Dorios, Aqueos, Helenos, los últimos de los cuales comunicaron despues su nombre á toda la nacion. Aquí comenzó una lucha, que no destruyó la ciudad sacerdotal, pero la modificó; los indígenas se avinieron á entrar en ella, con tal que fuese ampliada, y destruidas las castas. Tal lucha está representada en los combates de Hércules, de Teseo, de Meleagro, de Belerofonte, de Edipo y de Apolo Pitio contra serpientes, esfinges, quimeras y demas símbolos de la gente sacerdotal; y cuando las dos naciones se redujeron á dos partidos, el movimiento continuó, representado por la expedicion de los Argonautas y por la guerra de Troya.

Entónces una aristocracia sacerdotal y otra guerrera se hallaron dominando al vulgo; la primera con influencia religiosa, la segunda con poder político, y sobresalieron alternativamente por espacio de ochocientos años, hasta tanto que la breve monarquía de Pisistrato las volvió á igualar. En Homero aparece como vestigio de esto Cálcas, siempre en contradiccion con los reyes; que impone á Agamemnon el sacrificio de su propia hija, y luego lo pone en litigio con Aquiles, « que infinitos lutos acarreo á los Aqueos. » Así en el canto II de la Odisea, un sacerdote procura reprimir la codicia y las usurpaciones de los próceres, alegando los portentos celestes y los auspicios, mientras el incrédulo Eurimaco se mofa de él y lo escarnece.

Y en efecto, no podia ménos de perpetuarse la pugna entre la estirpe que enseñaba el fatalismo y la jónica que se sustraía á tales doctrinas, atestiguando con los actos la libre accion del hombre. Los poetas que, como hemos dicho,

acompañaban á los reyes, se apoderaron de los símbolos sacerdotales, y los tomaron al pié de la letra; de modo que, de expresiones de una doctrina, se convirtieron en mitos, esto es, historias maravillosas, que multiplicadas y entretrejidadas, dejaron de expresar cosa alguna sublime.

En aquellos escritos se hace notar la igualdad de cultura entre las tribus helénicas, Tesalónicas, Peloponésicas, Etolias y Beocias; ya que no habia surgido aun la gran superioridad de la Hélade oriental sobre la occidental, que causas posteriores originaron. El territorio se hallaba todo repartido entre pequeños señores, probablemente á imitacion de las tribus primitivas. Una mezcla de ferocidad y de cultura se advierte en la guerra; se maltrata al vencido, se contratan rescates. Se ven substituidas lanzas y escudos á la clava de Hércules; pero no hay rastro de táctica alguna, limitándose al simple ejercicio del valor personal.

Las propiedades son estables. La familia se encuentra mucho mejor ordenada de lo que aparece en la historia posterior; no hay poli-gamia, no hay concubinato adúltero. Sin embargo, la mujer dirige la casa y nada mas; el amor refinado no se conoce; hombre y dioses buscan el goce. Los nobles sentimientos de los hombres, los delicados de las mujeres, dan indicios de una civilizacion bastante adelantada; si bien Homero en aquella su verdad sin sutilezas mezcló siempre el corazon y el estómago, el sentimiento y los apetitos.

Acerca del estrellado cielo Homero sabe bastante ménos que los sacerdotes egipcios: conoce pocas estrellas, é inexactamente determina su despuntar y su ocaso, por indicar al por mayor las grandes divisiones del año; nombra algunas constelaciones, el Toro, las Hiades, las Pléyades, Orion, Sirio, Arturo, la Osa mayor; lo cual no quiere decir que ignorase las demas; y las pone en movimiento, representando los ejércitos de estrellas como los de hombres (1).

¡Cuán atendibles y cuántos no debian ser sus conocimientos geográficos (2)! Tan profundo respeto tenian hácia ellos los Griegos que hasta en los siglos mas cultos se vió á los doctos discutir gravemente las mas fabulosas particularidades del viaje de Ulises, y veinte versos de la Iliada dieron asunto para una obra dividida en treinta libros. Verdad es que algunos entendimientos superiores, como Herodoto, Polibio y Eratóstenes, osaron sacudir el yugo de la opinion comun; separaron en Homero la parte

(1) En la *Iliada*, I, 592, Vulcano tarda un dia en caer desde el cielo á la isla de Lemnos. Con mayor precision, dice Hesiodo (*Teogr.* 722-25), que un yunque de bronce cayendo del cielo, estaria descendiendo por espacio de nueve dias y nueve noches, y que al décimo tocara en la tierra. Seria, pues, 777,600 segundos, y puede calcularse el espacio teniendo en cuenta el rápido decrecimiento de la atraccion del globo á notables distancias. Galie la valió en 47,400 miriámetros, esto es, vez y media la distancia de la luna á la tierra.

(2) Véase A. G. SCHLEGEL, *De geographia Homeri commentatio*, Hannóver; 1788; y MALTEBRUN.

topográfica, exacta y verdadera, pero circunscrita á estrechísimos límites, de las ideas generales sobre la estructura del mundo, hijas de las preocupaciones que acompañaron á la infancia del género humano, de aquellos datos, ó vagos, ó desatinados, ó contradictorios, ó fabulosos que, dependiendo de una falsa cosmografía, cambiaban las regiones lejanas en países encantados y maravillosos. Por otra parte los escritores mas elegantes y aceptos al público (y Estrabon era su jefe) pusieron en tortura su ingenio á fin de encontrar, hasta en las mas falsas ideas cosmográficas de su autor predilecto, una admirable conformidad con los descubrimientos posteriores. Por esto toda la geografía antigua sería un enigma inexplicable, si no la precediese una exposicion de aquellas ideas prácticas, de las cuales no pudo jamas desembarazarse enteramente.

El escudo de Aquiles nos ofrece la cosmografía de aquellos siglos, representándose á la tierra como un disco ceñido por todas partes por el Rio Océano. Por mas extraordinaria que parezca la denominacion de rio, se reproduce tan á menudo en Homero y en los otros poetas antiguos, que se la habria de creer conforme con las opiniones que corrian con validez. Hesiodo describe hasta su nacimiento en la extremidad occidental del mundo; y Herodoto nos dice que los geógrafos de su tiempo dibujaban la tierra como un disco perfectamente redondo, que el Rio Océano bañaba por todas partes.

El círculo de la tierra se hallaba cobijado por una bóveda consistente, bajo la cual giraban los astros del dia y de la noche sobre carros arrastrados por las nubes: por la mañana salia el sol del Océano oriental y al anochecer se precipitaba en el oriental un bajel de oro, obra misteriosa de Vulcano, lo restituía con rapidez por el Norte al Oriente. Debajo de la tierra coloca Homero, no ya la mansion de los muertos ó las cavernas de Ades, sino una bóveda llamada el Tártaro, que correspondía á la del firmamento. Allí vivian los Titanes, enemigos de los dioses; ni el soplo de los vientos, ni los rayos de la luz penetraban en aquel mundo subterráneo.

Los límites del mundo en la cosmografía homérica se hallan naturalmente envueltos en mucha oscuridad. Las columnas del cielo y de la tierra, de las que Atlante es como el sosten, no se sabe bien sobre qué estén basadas, y cesan de figurar en los sistemas posteriores á Homero. Fuera del misterioso recinto « en que terminaba la tierra y comenzaba el cielo, » se extendía indefinidamente el caos, mezcla confusa de la vida y de la nada, abismo « en el cual los elementos del cielo, del Tártaro, de la tierra y del mar se encontraban unidos, abismo formidable para los mismos números (1). »

(1) HESIODO, Teog. 736.

Tales ideas, aun luego que fué reconocida por los geómetras y astrónomos la forma esférica de la tierra, continuaron modificándose con arreglo á las relaciones de los viajeros, de los geógrafos y de los historiadores: y reproducidas y consagradas por los primeros geógrafos cristianos, aun hoy dominan en el lenguaje del vulgo de todas las naciones.

El disco de la tierra se hallaba dividido por el Ponto Euxino, por el Mar Égeo y por el Mediterráneo en dos partes, la una septentrional y la otra meridional, á las cuales aplicó mas adelante Anaximandro los nombres de Europa y de Asia, tomados anteriormente en sentido mas reducido. Esta division no parece desconocida de Herodoto, y con alguna modificacion y contradiccion se mantenía aun en los tiempos de Eratóstenes y mucho despues, y sirve para darnos á conocer por qué tantos autores antiguos tomaron el Rio Fásis por confin de la Europa y del Asia. Creíase que este rio formaba la comunicacion del Ponto Euxino con el Océano oriental, así como el Estrecho de Hércules formaba la del Mediterráneo con el Océano occidental. Hecateo, considerando el Nilo (el rio *Egyptus* de Homero) como un tercer canal de comunicacion entre el Océano y el Mar Interior, hizo nacer la idea de una tercera parte del mundo llamada Libia, y despues África: pero cuatro siglos despues de Homero, el padre de los historiadores parece que considera todavía á la Europa y al Asia como las dos únicas partes del mundo.

El medio del disco terrestre se hallaba ocupado por el continente y por las islas de la Grecia, que en los tiempos de Homero no tenia ningun nombre complejo. El centro de la Grecia se tenía consiguientemente por centro del mundo. En el sistema de Homero este centro era el Monte Olimpo en Tesalia; pero los sacerdotes de Apolo en Delfos supieron presto acreditar una opinion con arreglo á la cual su sagrado recinto fué mirado como el verdadero punto medio de la tierra habitable. Al septentrion de él, los países que despues tuvieron el nombre de Tesalia parecen indicados por Homero bajo el de llanura de los Pelasgos (*ἄγρος πελασγικόν*). Entre las numerosas tribus de la Tesalia habia una que se conocía con el nombre de Helenos, que despues se hizo comun á todos los Griegos. El Peneo de las ondas de plata servía de confin á las naciones griegas por el Norte. Las partes mas occidentales eran la Etolia, llamada *Calidonia* por su ciudad principal, y el reino del sabio Ulises, formado de la isla de Cefalonia, de Itaca, de Zante y otras de aquella parte del continente en que estuvo despues la Acarnania; puesto que la patria de los voluptuosos Feacios era considerada fuera ya de Grecia. Dichos Feacios daban á la costa del continente griego el nombre de Epiro, esto es, tierra firme: esta provincia, que vino á ser griega con el tiempo, estaba habitada por pueblos ferocesísimos: con todo, se indican en ella los

Tesprocios como cados al comercio marítimo.

Hacia el Sur de Delfos señala Homero menuadamente las numerosas tribus de la Beocia, aunque no pronuncia este nombre. El Ática no le es conocida sino bajo el nombre de Aténas, y observa que los habitantes eran Jonios. Los antiguos aseguran que comprendió todo el Peloponeso bajo el nombre general de Árgos: distingue ademas la Arcadia, la Elide, el pequeño territorio de Pilos, gobernado por el sabio Néstor, y la ciudad de Lacedemonia, capital de un Estado que comprendía el tercio meridional de la península. Ni habla aquí de los Pelasgos ó de los Dorios, ni suministra dato alguno acerca de las relaciones que debieron existir entre aquellas dos antiguas ramas.

Al Norte de la Grecia nos indica el poeta las vastas regiones de la Tracia, en las cuales parece que comprende las comarcas de la Pieria, Hemacia y Peonia, que formaron despues la Macedonia. Los rios Axio y Estrimon le son conocidos; pero no nombra el Ebro, ni tiene idea alguna del Danubio; indicado un siglo mas adelante por Hexiodo bajo el nombre de Istro. Los pueblos que Homero dice que se alimentan de leche de yegua, son Escitas á los ojos de Estrabon, pero el poeta parece haber ignorado este nombre.

La isla de los Feacios, esto es, la isla Esqueria, que despues fué Corcira ó Corfú, es la region mas occidental que Homero conocía distintamente, haciéndola próxima al mar inmenso. No hay, pues, que maravillarse si las costas meridionales de Italia no se le ofrecen sino á una grande y oscura distancia. El sitio llamado Temesa, al cual hace arribar á los navegantes de Táfos, isla próxima á Itaca, para cambiar hierro por cobre, puede igualmente ser Tamesa en Chipre y Tempa en Calabria.

El estrecho que separa la Italia de la Sicilia es como el vestibulo del mundo fabuloso de Homero. El triple flujo y reflujo, los aullidos de la monstruosa Scilla, los remolinos de Caribdis, los escollos flotantes, todo nos advierte que estamos para salir del mundo de la verdad, y que es ya tiempo de cerrar los oídos al canto de la sirena homérica. La Sicilia misma, aunque conocida ya bajo el nombre de Trinacria, es toda maravilla; aquí los rebaños del Sol guardados por las ninfas vagan por una deliciosa soledad; allí los Cíclopes, de un solo ojo, y los antropófagos Lestrigones tienen al viajero alejado de una tierra que sin embargo es fértil en granos y vinos. Dos pueblos verdaderamente históricos coloca Homero en Sicilia, los Sicanos, y los Siciles ó Sículos; no está, con todo, resuelto si los Sículos de Homero habitaban ya la isla que recibió de ellos su nombre mas usual, ó si habitaban todavía en Italia, su antigua morada. Todo lo que sabemos de él es que los Griegos hacían con este pueblo un gran comercio de esclavos; los amantes de Penélope proponen venderles á Ulises, y en Itaca se encuentran esclavos sicilianos. Este bárbaro tráfico era

probablemente universal; los mismos Feacios, pueblo tan hospitalario, se ejercitaban en robar los esclavos en la costa del Epiro; no se trataba sin embargo de este modo mas que á individuos de otras naciones. Una vieja fenicia en la Odissea advierte que « no se venden hombres sino á naciones que hablan diverso idioma. »

Al Occidente de la Sicilia nos encontramos en la region de la fábula; las islas encantadas de Circe y de Calipso, la isla flotante de Eolo, quizá no deben buscarse en el mundo real. La situacion arbitraria, por otra parte, dada por el poeta á estas tierras, nos enseña que, segun su sistema, la Sicilia revolvía una de sus puntas al Norte, otra al Levante y la tercera al Mediodía, de modo que la costa septentrional se convertía en occidental. Y este trastorno del triángulo de la Sicilia se encuentra precisamente en todos los sistemas de los geógrafos griegos, y forma una de las bases elementales, sin las cuales no es posible reconstruir los mapas de Eratóstenes y Estrabon.

El Mar Mediterráneo del lado allá de la Sicilia se halla tan acortado en el sistema de Homero, que le basta á Ulises un solo dia para ir desde la isla de Circe al ingreso del Océano, y volver igualmente en otro desde la mansion de aquella maga al Estrecho de Sicilia. Aunque no hay que hacer gran caso de la distancia en un viaje hecho bajo las auspicios de una encantadora, es cierto, sin embargo, que las ideas de Homero sobre este particular eran poco mas ó ménos las de su siglo; puesto que los geógrafos ó historiadores continuaron colocando el ingreso del Mediterráneo bastante inmediato á la Sicilia. Herodoto no habla de lugar alguno entre Cartago y las columnas de Hércules: un discípulo de Aristóteles, Heráclides del Ponto, hablaba de Roma como de una ciudad próxima al Océano; Dicearco, otro discípulo de Aristóteles, no encontraba tampoco mas que siete mil estadios desde la Sicilia á las columnas de Hércules, distancia que, por los tiempos de Estrabon, se valuaba en trece mil, y es prueba convincente de la lentitud con que se desarrollaban los conocimientos geográficos entre las mas florecientes de las antiguas naciones.

El mapamundi homérico terminaba con dos comarcas fabulosas, pero que dieron origen á no pocas tradiciones entre los antiguos y discusiones entre los modernos. Cerca del ingreso del Océano, y no distante de las oscuras cavernas en que se reunían los muertos, encontró Ulises á los Cimerios, « pueblo desdichado, que envuelto siempre en las mas densas tinieblas, no goza jamas de los rayos del sol, ni al ascender aquel astro hacia los cielos, ni cuando descendiéndole hacia la tierra. » Mas léjos aun, en el Océano mismo, y por consiguiente fuera de los límites terrestres y del imperio de los vientos y de las estaciones, nos pinta el poeta un pueblo afortunado á que llama Eliso, « en donde no se conocen vientos ni tempestades, en que siempre susurra un dulce cefirillo, donde los